

**“Una persona que como maestro
necesita paciencia, es un pobre diablo.
Lo que necesita es amor y alegría.”**



27 De lo que todo depende

¿Habrán logrado estos cuantos trocitos de mosaico poner de manifiesto el cuadro? ¿El cuadro de una escuela librada de todas esas obligaciones que le han impuesto - como evidentemente necesarias - las numerosas medidas políticas? El cuadro de una escuela en la que se aprende y se enseña con alegría? ¿Una escuela en la que cada persona - maestros y alumnos - se pueda involucrar con sus particularidades bien definidas? ¿Una escuela cuya meta absoluta sea la de alcanzar la “humanidad educada” tan añorada por Pestalozzi?

Cuántas cosas pudiera aún añadir: sobre el sistema de notas, la didáctica de cada disciplina y sobre las corrientes o modas en los métodos de enseñanza, sobre la manera adecuada de enseñar las lenguas extranjeras a los niños, de desarrollar la creatividad de los maestros y de los alumnos, sobre el problema de la escritura manual, el significado de la música en la escuela, el trato de los niños con otra lengua materna, sobre la colaboración con los padres, la actitud de las autoridades frente a los docentes, sobre el problema de la enseñanza a tiempo parcial, sobre la falta de enseñantes de sexo masculino en la escuela primaria y sobre un bono (o contribución) para la educación que le permitiría también a los que tienen menos recursos el acceso a iniciativas privadas de formación.

Pero ya basta con lo que hemos dicho. Sabemos que una buena escuela se puede realizar únicamente con maestros buenos, motivados y también talentosos. Si la política educativa piensa que no los hay, y que por eso organiza la enseñanza de tal manera que, en caso extremo, también pudiera hacerse sin buenos maestros, está muy equivocada. Sería mejor que se preguntara lo qué

debería emprender para que la enseñanza obtuviera realmente los maestros que necesita. Pero el estado no logrará procurarse mejores maestros con un sistema de formación de docentes organizado cual máquina y que hace énfasis en la adquisición de conocimientos. No obtiene mejores maestros si se aferra a la creencia de que la profesión de enseñante es una profesión como cualquier otra, y que todo lo que requiere se puede “transmitir” en los seminarios de formación de maestros y de perfeccionamiento o capacitación. Tampoco obtiene mejores maestros cuando quiere meterlos en cintura y que, sirviéndose de algún sistema de evaluación, les atribuye calificaciones y puntos, haciendo depender de ellos el nivel de su sueldo o de las gratificaciones especiales.

Pienso que la vía que preconiza la utilización de ese tipo de medidas, para obtener mejores resultados, es errada. Los resultados de un albañil se pueden medir. Se ven en la altura y en el ancho del pedazo de muro que construyó en el día. Pero el resultado de un pedagogo no se puede medir. Un pedagogo de verdad se asemeja a un sembrador que esparce sus semillas a lo largo de un campo estrecho, y que avanza siempre sin mirar nunca hacia atrás. Al andar sabe bien, que mucho de lo que siembra, sólo dará sus frutos en algunos años o algunas décadas. El pedagogo que aspire a realizar un trabajo fructuoso, no puede pretender tener éxito o querer cosecharlo.

Pues ¿en qué consiste el éxito de un educador? ¿En ser aplaudido? Esto se logra fácilmente insinuándose ante las personas adecuadas. ¿En caerle bien a la gente? Basta con decirles un poco lo que quieren oír. ¿En lograr que muchos alumnos alcancen el nivel superior? Se sabe que esto es admirable cuando realmente se lo merecen; pero que también se puede “ayudar a la suerte”: recomendando también a los que de toda evidencia fracasarían. O descuidando cosas más importantes para “entrenar” a los candidatos prometedores.

O ¿Será que el maestro más exitoso es aquél que logra terminar el año manteniendo una clase libre de conflicto? Tal vez tuvo suerte, o puede ser que los casos graves se los dieran a otro colega porque supusieron que su resistencia nerviosa era mayor. Puede ser también que él no se quiso plantear los problemas para no romper la armonía aparente. ¿El docente exitoso? ¿No será aquél que logra que sus alumnos obtengan una buena media? ¿O no será tal vez el que da notas más severas?

¿Quién mide los resultados del maestro que se toma el tiempo de aprender un poema de memoria antes de analizarlo en clase con sus alumnos? O ¿Quién mide los resultados del maestro insatisfecho con lo que le brinda el

manual escolar, y que durante días enteros lee y prepara el tema de la clase? ¿Quién mide el esfuerzo de ese maestro que, en una reunión, calla cuando se ventila el informe de las faltas cometidas por un alumno, porque sabe que de lo contrario perdería la confianza de ese joven difícil?

Y ¿Qué diríamos de los resultados del maestro que, de su bolsillo, paga una psicoterapia para sobrellevar las dificultades que tiene con algunos alumnos? ¿Tendría que echar las campanas al vuelo para recolectar sus puntos de gratificación? Y ¿Cuáles son los logros de ese maestro que percibe siempre el momento oportuno para dejar caer una frase sobre preguntas existenciales, valores esenciales – sin preparación, de manera inespectacular, pero con responsabilidad y eficacia? ¿Debería acaso hacer un informe y ponérselo ante las narices a sus superiores? Pueda ser que sus palabras sólo surtan efecto cuando él tenga canas.

Las costumbres tan en boga de la atribución de puntos obligan al maestro a ventilar cosas que deberían de quedar ocultas ante el público y de hacer con ellas un espectáculo. Lo que se deja mostrar se vuelve importante. Se aviva la envidia, se fomenta la conformidad y se entierra el espíritu comunitario. Esto no se deja compensar por la introducción obligatoria del trabajo en equipo.

Soy realista y sé que hay también maestros malos, personas que no toman en serio sus responsabilidades y que cumplen poco con sus obligaciones. A los superiores les incumbe entonces la tarea de ocuparse del problema de los maestros incapaces. Pero para ello no se requiere un sistema de calificaciones o de gratificaciones que obliga a todos los maestros – hasta los que son creativos y responsables – a volverse inmaduros sometiéndolos a un sistema de puntos ridículos para que obtengan mejores resultados. Un maestro con vocación sabe muy bien lo que les debe a sus alumnos y nadie tiene que dirigirlo con una zanahoria y un palo.

Escuchemos a Pestalozzi para concluir. De acuerdo con su época, él sólo habla de hombres por eso me permito adaptar la cita a los requisitos actuales:

“Una cosa se necesita, y es tener buenos maestros y maestras. Ahí donde escacean, todo el ajeteo alrededor de la educación en el país sobra, como la quinta rueda de un carro y es como polvo que se le echa a los ojos del hombre y de la mujer para que no vean lo que les hace falta. El que realmente quiera escuelas, que ofrezcan a la gente una buena educación, debe pedir, sobre todo, que se provea la excelencia necesaria, o sea, en todas partes del país han de haber hombres y mujeres capaces y dispuestos a formar y guiar a los jóvenes con comprensión y amor para que accedan a toda la sabiduría que necesitarán en la vida y toda la fuerza y orden que exige su posición y situación.”